

In Memoriam

EDUARDO ZURRO RODRÍGUEZ

LUIS ALONSO SCHÖKEL (1920-1998)

Escritor, escriturario, espejo

Reverberaba el sol de otoño en cúpulas y fuentes cuando llegué a Roma, «reina de las ciudades y señora del mundo», (Cervantes) en octubre de 1954. El Colegio Español de Roma editaba entonces, la revista poética *Estría*, nóvedosa, valiente, y acogida tan favorablemente por los consagrados, que Juan Ramón Jiménez y Jorge Guillén publicaron en ella poemas admirables. En el segundo número (septiembre de 1951), Javierre había presentado a Luis Alonso Schökel: «Afilado y poderoso como nadie. Tan alto, por regalo de la veleidosa naturaleza, que puede meter sin congoja la nariz en tejados a donde otros llegan con sudoroso esfuerzo.» En el mismo cuaderno firma Alonso Schökel un trabajo sobre «Arquitectura de artes no plásticas». El joven jesuita, que ha dado un salto en el Cantábrico y se ha zambullido en el Tirreno, es ya un maestro acreditado por años de enseñanza y unos cuantos libros. *La formación del estilo* señala el rumbo que seguirán parejas su biografía su bibliografía.

En el número 6 de *Estría* (enero de 1954), ilustrado por Mingote, «el Picasso de los periódicos» (Umbral), Schökel figura como director, al lado de Javierre, y publica un artículo, «Anatema a los modernos», que sigue rezumando actualidad en el ocaso del milenio. En otoñar cuando el sol dora la Urbe y da comienzo el curso, ya no están en el palacio Altemps Martín Descalzo, escritor total y apasionado, ni Antonio Monte-

ro, a la sazón poeta sevillano y hoy archimitrado emeritense, ni el inefable Cabodevilla, prosista siempre de prosapia. El círculo de *Estría* se reúne en un salón antiguo de la planta noble. A través de «las grietas del obstinado olvido» (Borges), veo allí a Carrión, Revuelta, García Amor, Rivas... Allí estoy yo, espectador alucinado y oyente admirativo, entre los «recién nacidos a la belleza» (J. R. Jiménez), que eran para mí los hombres más importantes del Colegio. (Luego me enseñó J. A. Valente que: «Un poeta debe ser más útil / que ningún ciudadano de su tribu»). Allí conocí a Schökel, con su elevación de álamo y el prestigio de su palabra docta. Escuchaba a los poetas nuevos que, intrépidos o trémulos, daban lectura a sus poemas. Hacía observaciones, señalaba aciertos, comentaba imágenes; sonreía, revelaba claves, alentaba siempre. El P. Schökel era la jirafa del pequeño parque poético, el periscopio que dilatava nuestro horizonte.

En 1954 publicó Alonso Schökel un libro de género ensayístico, *Pedagogía de la comprensión*, donde analiza los rasgos y actitudes que configuran el perfil del hombre con vocación intelectual. Poseo un ejemplar corregido de su puño y letra. Al releerlo ahora, me doy cuenta de que el libro, bellamente escrito, refleja como un espejo el talante lúcido y abierto del autor,

Licenciado ya en sagrada Escritura, Schökel se embarca, ese mismo año, en la tesis doctoral y «se columpia entre la aventura y el hallazgo, la fatiga y el tedio» (así lo confesó en su lección de despedida), En el Colegio Español le veo en las reuniones de *Estría* y, por Navidad, en el «curso de formación cinematográfica»: lecciones de Gian Luigi Rondi, proyecciones en el teatro Goldoni, cinefórun. Los que conocen más al P. Schökel se hacen lenguas de las cualidades que le adornan: es nadador de fondo (en Oyambre ponía orden y ritmo a las olas cantábricas); es músico, humanista, filósofo y teólogo, literato, ensayista, investigador, políglota, escriturario... En el Colegio hablan con asombro del extraño concierto de sus neuronas y le califican de superdotado. En mí suscita esa admiración que, según Aristóteles, es el principio de todos los saberes. Yo tomaba nota de sus sugerencias. En las vacaciones de 1956 leí con singular provecho el libro de W. Kayser. *Interpretación y análisis de la obra literaria*, en la excelente traducción de V. García Yebra.

En 1957 gana el Premio Nadal Martín Descalzo, el día de Reyes, y en abril Alonso Schökel defiende la tesis doctoral. Hay expectación en el mundillo universitario clerical. El Aula Magna está de bote en bote. El P. Schökel diserta sobre «El estilo poético de Isafas I-35». Ese día entró

en el Pontificio Instituto Bíblico la estilística literaria o ciencia de la literatura, El libro, *Estudios de poética hebrea*, abre caminos de renovación e influye en muchos estudiosos de la Biblia.

Echarren y yo decidimos hacer novillos en la Gregoriana para asistir a la primera lección de un curso especial sobre ritmo poético hebreo con que estrenaba Schökel esa «suave cadena de las clases» (G. Diego). Sin pronunciar palabra, Schökel se puso a tamborilear con los dedos los primeros compases de una sinfonía de Beethoven. Echarren me miró de tal manera, que estuve a punto de soltar la risotada mas bochornosa de mi vida.

En el verano de 1957 salió el número 8 y último de *Estría*.

Musa y música: la pareja unida por la etimología, no la separe el escritor. Alonso Schökel, ensamblador de letras y casamentero de palabras, sabe que «la esencia que exprimen las letras es de la música», y «adonde no llegan las palabras con sus significados, van las ondas de sus músicas» (Valle Inclán). Dotado pródigamente por la naturaleza y con buena educación musical, raro es el día que el P. Schökel no saca tiempo para tocar el piano. El joven jesuita lee asiduamente versos en griego, latín clásico y medieval, castellano y alemán; con menos frecuencia, versos ingleses, franceses, italianos y portugueses; e investiga versos hebreos,. Fruto de todo ello y de madura reflexión es su *Estética estilística del ritmo poético*, publicada en 1959, donde logra levantar la métrica a niveles de estética. Creo a pies juntillas que se trata de un libro original, enjundioso e importante, al que los estudiosos no han prestado la atención que merece. Lo leí al año siguiente en Urueña, villa amurallada.

«Valladolid, de lágrimas sois valle» (Góngora). En él paso seis años y, en octubre de 1966, vuelvo a Roma, «la ciudad donde Dios ha desposado la Iglesia con el imperio» (D'Ors). Me matriculo en el Instituto Bíblico. El día de Santa Teresa, a la salida de San Ignacio, saludo al P. Schökel, que ha tocado el armonio en la Misa de apertura de curso.

En el Bíblico se comentan los lances que algunos profesores han protagonizado durante el Concilio. El P. Schökel nos explica la constitución dogmática *Dei Verbum*. Acaba de publicar *La palabra inspirada. La Biblia a la luz de la ciencia del lenguaje*, obra mayor, con la que renueva el tratado de la inspiración bíblica, al abordarlo con las categorías de la filosofía del Lenguaje y de la ciencia literaria.

En mi *Libellus inscriptionis* veo la firma del P. Alonso —su primer apellido, el de su padre, castellano e ingeniero forestal— en varios cursos (Introducción general, Lectura cursiva hebrea, Introducción al AT,

Estilística hebrea) y en un seminario. Al P. Schökel debo que, a la hora de elegir lengua oriental, me encaminase a Mitchell Dahood, filólogo creativo, de vanguardia, cuyas clases y seminarios; de ugarítico, fenicio y eblaíta seguí con entusiasmo hasta el día mismo de su fallecimiento (8 de marzo de 1982).

En 1966 Cristiandad publicó *Doce profetas menores*, que es el primer volumen de *Los Libros Sagrados*, ambicioso proyecto bíblico y literario concebido al alimón por Luis Alonso Schökel y José María Valverde, poeta y traductor egregio (Hölderlin, Merton, Rilke, Joyce...). A continuación vieron la luz *Salmos*, *Jeremías*, *Isaías*, etc. El P. Schökel asoció más tarde a algunos colaboradores, aprendices a un tiempo en el taller del maestro,

A mí me invitó a colaborar en la traducción de Ezequiel el curso 1969-70. Me sirvió de guía el comentario del semitista G. A. Cooke. Trabajé con empeño, confrontando campos semánticos españoles y hebreos, buscando equivalencias léxicas y estilísticas en nuestra literatura. Los capítulos sobre el nuevo templo (Ez 40-42) me llevaron a estudiar la descripción del templo de Méjico hecha por nuestro clásico Francisco López de Gómara. Cuarenta y ocho sábados seguidos —tantos como capítulos— estuve yendo con mi manuscrito a la habitación del P. Schökel, que había consultado previamente los comentarios de Eichrodt y Zimmerli. Nos pasábamos las horas muertas discutiendo y sopesando cada palabra, cada verso, cada período. El P. Schökel, tolerante humanísimo, me dejaba fumar y, a media tarde, me ofrecía una copa de coñac. Ya de noche, tecleaba ligero en su máquina de escribir eléctrica —«la señorita Olimpia»— nuestra versión, con posibles variantes. Revisado el texto con esmero, se lo enviamos a Valverde, que nos lo remitió desde Canadá con muy pocas observaciones. Recuerdo una nota a lápiz, al margen del canto a la espada (Ez 21,13-22): «¡Parece César Vallejo!», Schökel escribió un comentario extenso y *Ezequiel* vio la luz el año 1971.

Del mismo taller salió *Sabiduría*, cuya versión me encomendó el maestro. Con el Liddell-Scott siempre al alcance de la mano, trabajé a gusto, con sosiego vacacional, con deleite artesano. Otra vez sábados compartidos de revisión y lima. Comentado ampliamente por el P. Schökel —convaleciente de una intervención quirúrgica en el Monte Celio— el libro apareció en 1974.

Insatisfecho con la versión de *Oseas* (LLS), el P. Schökel contó conmigo para una nueva traducción. La gramática cananea nos ayudó a entender mejor el dialecto septentrional de *Oseas*, próximo al fenicio.

En 1975 es ya una realidad, bella y bien plantada, la *Nueva Biblia Española*.

A estas alturas el P. Alonso Schökel es un maestro en el noble oficio de traducir. Tiene en su haber muchos años de práctica, buen número de trabajos teóricos, una escuela de traductores y una obra de gran calibre: la Nueva Biblia Española. Se dispone a escribir un libro sistemático sobre la traducción bíblica y literaria. Me sorprende invitándome a colaborar. Disfruté sobremanera elaborando los dos capítulos que el maestro incluyó en *La traducción bíblica: Lingüística y estilística* (1977). El profesor García Yebra, de la Real Academia Española, concluía su reseña, amplia y analítica, afirmando del libro: «Es, a mi juicio, el mejor de los que se han escrito en castellano sobre problemas y técnicas de traducción» (*Arbor*, enero de 1978).

A raíz de la reforma conciliar de la liturgia, el P. Schökel tradujo primero las perícopas bíblicas del Misal Romano, y después, con un pequeño equipo de colaboradores, castellanizó los nuevos leccionarios. Ahora millones de hispanohablantes leen y rezan el salterio en la pulquérrima versión del P. Schökel.

Recuerdo a este propósito un artículo de Jesús de las Heras, titulado «¿Un eclesiástico en la Real Academia?». Comienza así: «El cardenal Tarancón llegó a esta “docta casa” en 1969 por su contribución a la lengua española en la traducción de los textos, litúrgicos...» Y más adelante dice: «La literatura eclesiástica bien merece, pues, volver a la Academia, por tradición, y, sobre todo, por méritos, aportación y contribución a nuestra lengua. ¿Cómo negárselos al jesuita Luis Alonso Schökel, uno de los principales filólogos y exegetas bíblicos, traductor, en bellísima versión, del Libro de los libros?» (*Ecclesia*, 29 de junio de 1995).

Desde que la Institución San Jerónimo para la investigación bíblica inició la publicación de Clásicos de la ciencia bíblica, el P. Schökel, además de seleccionar obras y autores (Gunkel, Dibelius, Adam Smith...), orienta y asiste a los traductores; en su ardua y meritoria tarea.

Creía yo en mi adolescencia que el significado de «polígrafo» convenía exclusivamente a Menéndez y Pelayo. Después he tenido la fortuna de conocer al P. Schökel, verdadero polígrafo por la cantidad y la variedad de sus escritos.

Lleva ya más de veinte años de docencia en el Bíblico cuando comienza a publicar grandes comentarios exegéticos: *Profetas I y II* (1980), *Treinta Salmos. Poesía y oración* (1981), *Job* (1983), *Proverbios* (1984), *Salmos I* (1992) y *II* (1993). Son libros enjundiosos, de fuste, que se tienen de pie. Son estrictamente científicos y aportan algo nuevo: toman

en serio el carácter poético del texto, prestan atención al análisis estilístico y a la estructura literaria.

El P. Schökel, alto y buido, luce ya barba entrecana, pródiga, profética. El maestro cumple veinticinco años de enseñanza. Sus antiguos alumnos le rinden homenaje publicando *El Misterio de la Palabra* (1983). La coordinación de los trabajos corre a cargo de Vicente Collado. Los autores son hoy docentes universitarios en el cenit de su carrera. Me cupo al honor de presentar el libro en el Aula Magna, el 17 de febrero de 1984, Padre y maestro, Alonso Schökel no deja a sus discípulos el manto, sino porciones de su espíritu (cf 2 Re 2).

El P. Schökel amparó mi tesis doctoral, huérfana tras la muerte de Dahood. La defendí en diciembre de 1985. Al año siguiente, en Valladolid, ciudad desparramada y sin relieve, me di cuenta de la verdad que encierran estas palabras de Papini: «Para entender bien un gran libro, habría que copiarlo entero.» Es lo que hice al preparar la edición de los tres tomos de *Hermenéutica de la Palabra* (1986-1987-1990). En ellos se reúnen —y se rescatan del efemerismo propio de las publicaciones periódicas— unas docenas de artículos del P. Schökel, vivos y vibrantes, sobre hermenéutica bíblica e interpretación teológica y literaria de textos bíblicos.

Cuando negué mi ayuda al P. Schökel para traducir su valioso artículo «Poésie hébraïque», publicado veinte años antes en el *Dictionnaire de la Bible. Supplément*, tuve remordimientos que enseguida se trocaron en alborozo. En efecto, a los pocos meses el maestro me envió el manuscrito de un libro nuevo, *Manual de poética hebrea*, cuya edición cuidé meticulosamente. Cinco lustros después de sus *Estudios de poética hebrea*, el P. Schökel vierte la quintaesencia de sus saberes en este breviario, ejemplar e insustituible.

El *Manual* no tenía compañera a su altura. Se la dio Alonso Schökel, trovador de la Biblia:

«Mester traigo fermoso, es de filología: trasplantar de los campos de hebraica poesía a lengua castellana. Que así se llamaría: Boda de don Manual con doña Antología.»

Bella como una novia es la *Antología de poesía bíblica hebrea* (Zaragoza, 1992), con el texto original hebreo y traducciones rítmicas en nuestro idioma: antiguas y modernas, parafrásticas y ceñidas, ajenas y propias.

Amado Alonso, Dámaso Alonso y Luis Alonso: tres maestros del idioma y del análisis literario con el mismo apellido.

La obra poética de Dámaso —«calvo, bajito y grueso, / un profesor»— pone en cuarentena la afirmación tajante de Guillén: «Poeta profesor no es nunca vate.» ¿Y Alonso Schökel? Si a él se lo preguntamos, a lo mejor responde con las palabras de Vidriera: «No he sido tan necio, que diese en poeta malo, ni tan venturoso, que haya merecido serlo bueno.» El P. Schökel, que ha vertido miles de versos hebreos en moldes poéticos castellanos, admira sobre todo a Isaías, «el Dante de la poesía hebrea»; aprecia las alegorías de Ezequiel y se identifica con Jeremías:

«Me manan las palabras, ¿tuyas?, ¿mías? Si me oyeras, ¿las reconocerías?»

Sus traducciones rítmicas de Habacuc, Miqueas, etc., incluidas en la *Antología*, muestran con qué arte modela estrofas dignas de nuestros clásicos. En *El Cantar de los Cantares* o *La dignidad del amor* (Estella, 1989) recrea el misterioso hechizo del poema más bello con variedad de ritmos, no ajenos a nuestra lírica amorosa.

Con la publicación del *Diccionario bíblico hebreo-español* (1994), fruto de un esfuerzo colosal, prolongado y fervoroso del filólogo Alonso Schökel, se realiza un proyecto acariciado desde su nacimiento por la Institución San Jerónimo para la investigación bíblica y, al mismo tiempo, se borra para siempre un estigma de la ciencia bíblica española. Ahora ya pueden los hispanohablantes pasar directamente del hebreo de la Biblia a su lengua materna sin necesidad de pagar peaje a otros idiomas. El P. Schökel continúa la gloriosa tradición lexicográfica del Bíblico: Deimel, Zorell, Vogt, etc. Este *Diccionario* se caracteriza por la cuidadosa organización de los significados según criterios de lógica semántica y por la atención prestada al factor estilístico componente del lenguaje literario.

El P. Alonso Schökel ha sido treinta y ocho años profesor del Instituto Bíblico, diez años Vicerrector, y seis Decano de la Facultad Bíblica. Conozco mejor la mole ingente de su bibliografía que los cargos y los honores que se le han tributado. Pertenece al Consejo de Redacción de *Bíblica* y *Cuadernos Bíblicos*. Ha sido Presidente de la Asociación Bíblica Española y de la International Organization for the Study of the Old Testament. La Universidad Pontificia de Comillas le invistió doctor «honoris causa» el 14 de enero de 1993.

Serenamente, sin agitarse nunca, el maestro Schökel vive una «apasionada ancianidad fecunda» (Guillén). En la *Biblia del Peregrino* (1993) incorpora el AT de la NBE, con bastantes enmiendas, y ofrece una versión inédita del NT. Al año siguiente da a la estampa *Apuntes de herme-*

néutica, donde el especialista expone, decantada y madura, su teoría sobre la comprensión e interpretación de textos literarios, bíblicos en particular. El 5 de mayo de 1995, el profesor Alonso Schökel —barba aaronica y florida— pronuncia su última lección, de título significativo: «En las huellas de Moisés.»

«Los astros y los hombres vuelven cíclicamente» (Borges). El P. Schökel, para cerrar un círculo perfecto, vuelve al hogar donde arde la lumbre literaria. *La formación del estilo* (1947) fue la primera llama que, nutrida por el estudio de los poetas bíblicos y de nuestros mejores literatos, alcanza todo su esplendor en *El estilo literario. Arte y artesanía* (1995).

«¿Pero cómo encuentra usted tiempo para hacer tantas cosas? —me preguntaba un amigo. Y le respondí sonriendo: Es que mis horas son cuadradas y a las veces cúbicas» (Unamuno). Abierto siempre y disponible, nunca encerrado en torre de marfil, Alonso Schökel logra cubicar el tiempo. Hace sólo unos meses ha aparecido el tercer tomo de la *Edición de Estudio* de la Biblia del Peregrino: el *Nuevo Testamento* comentado por un «habitante espiritual del AT».

«Exento de estilo, un libro es un borrador. Exento de problema, papel impreso» (Ortega y Gasset). Alonso Schökel —teofilólogo, investigador, exegeta, pedagogo, ensayista— es también maestro de estilo. Nos ha enseñado que «el estilo es elección. El estilo es expresión. El estilo es artesanía». Escritor vocacional y copioso, aun en sus trabajos más técnicos practica esa virtud que él mismo ha formulado lapidariamente: «Claridad es caridad con el lector.» Maneja una prosa límpida, ceñida y modulada. En su escritura, ágil y sugestiva, no hay tejido adiposo; escamotea los enlaces lógicos supérfluos. Si es posible, evita los tecnicismos. No aparca erudiciones y pedanterías en el margen inferior de la página. Alonso Schökel, escritor certero, clava a menudo la idea con el dardo del aforismo. Ejemplos: «El diálogo es como un péndulo del reloj, que marca el latido del tiempo.» «El humorismo es una profunda solidaridad humana.» «Decir necedades es desatino; citarlas es erudición.» «Hay que leer con fantasía lo que se escribió con fantasía.»

En su despedida académica el maestro, iniciador y engendrador de tantas cosas, declaró dos insatisfacciones permanentes. «La primera es la poca atención que los exegetas en general prestan a la dimensión poética de la Biblia.» Ha de reconfortar al P. Schökel saber a ciencia cierta que fue él quien introdujo —y no de contrabando— el análisis poético en el campo de los estudios bíblicos. Por lo demás, en todas las ramas del árbol de la ciencia abundan más los eruditos que los (clari)videntes.

«El arte hace ver a los ciegos..., y les hace ver con la palabra. Un poema da vista al ciego» (Unamuno). La segunda es «la discriminación sistemática de cuanto se publica en italiano y en español, con algunas excepciones gratas». Tenga bien presente el P. Schökel que muchos de sus libros se leen en francés, inglés, alemán, italiano, portugués, polaco y chino. Que el español no está homologado entre las lenguas científicas es coartada sólo de aquellos que, por no tomarse el trabajo de estudiar nuestra lengua, se resignan a ignorar la producción científica y literaria de cuatrocientos millones de hispanohablantes. Tampoco exculpo a los que, en la otra banda, cultivan la beatería de lo foráneo, y prefieren leer, en prosa espesa y pedregosa, versiones de las lenguas sedicentes científicas. Dichosos los que reman río arriba.

Dictando lecciones y pronunciando conferencias, el P. Schökel ha recorrido medio mundo: de Chile a Terranova, Vancouver, Tokio, Seúl... En marzo de 1991 le presenté en el Ateneo de mi ciudad. El maestro deja siempre en el aire impresa su sabiduría. Si, «el aire es el papel más transparente» (Blas de Otero).

Quedan cada vez más lejos los años de estudio y de taller. Ahora nos alientan y estimulan las cartas, casi telegráficas, del maestro, y las conversaciones telefónicas. Recuperamos bríos juveniles cuando encontramos, álamo erguido, al P. Schökel: en Valladolid, donde pasó su infancia colegial, en Palencia, armas y ciencia (la Mont Blanc que me regaló es mi herramienta preferida); en Córdoba la llana (850º aniversario del nacimiento de Maimónides); en Lisboa, cosmopolita y hospitalaria (I Simposio bíblico luso-español); en la compacta y culta Compostela (Gallaecia fulget)...

Las aguas estaban más bien quietas. A la bíblica piscina bajó un ángel y agitó el agua, En su semblante —barba de plata, ojos fatigados— reconocimos a Alonso Schökel, nuestro espejo.

